

Historias del Hospital San Vicente de Paul; Hoy Hospital Clínico José Joaquín Aguirre (Segunda parte)

THE HISTORY OF SAN VICENTE DE PAUL HOSPITAL, TODAY KNOWN AS JOSÉ JOAQUÍN AGUIRRE CLINICAL HOSPITAL (SECOND PART)

Los años de aprendizaje de la Medicina de Urgencia, sumados a un curso de Práctica que se hacía en la Posta Central de la Asistencia Pública, de 6 meses, fueron muy fundamentales en los años posteriores, ya de médico, al enfrentarse al desafío frente al enfermo agudo o crónico.

Una cosa es saber lo que hay que hacer y otra es tener la experiencia viva del enfermo agudo que necesita una resolución rápida. Haberlo vivido una vez ya nunca más se olvida. Doy gracias por toda esa formación en Servicios de Urgencia.

Tengo recuerdos muy gratos, de esos tiempos en Asistencia Pública, haciendo este curso *Ad-Honorem*, que duraba 6 meses, ya recibido de médico. Un día contaré algunas de mis experiencias de vida durante esos turnos.

Solo quiero recordar todo lo que aprendí en esa casa central de la Asistencia Pública, en calle San Francisco en su viejo edificio. Seis meses, de intenso trabajo de 6 a 9 PM, horas del mayor número de atenciones y una noche completa hasta las 8 AM del día siguiente cada 5 días. El sexto se estaba libre de 6 a 9 PM. Debo agradecer también que en ese tiempo, yo decidí casarme con mi actual esposa.

Aprovechando el día libre, de 6 a 9 PM, la invité al cine. Todo marchó regio, hasta que apagan las luces y comienza la película. Un sueño terrible me invade, producto de la noche anterior, de turno. Y no sé más de nada hasta que prenden de nuevo las luces y la película ha terminado. Mi vergüenza es terrible, y mis explicaciones se encontraron con las palabras de comprensión y cariño de mi acompañante, que se reprochaba que hubiéramos salido y no tomarme el descanso que necesitaba.

Yo, ahí dije para mi interior: “Esta es la Mujer de mi Vida” y así ha sido hasta el día de hoy. Muchas cosas más ha tenido ella que soportar por casarse con este médico.

LAS CLÍNICAS

La estructura funcional del Hospital eran las “Clínicas”, Unidades Médico-Quirúrgicas para la atención de los enfermos y sobre todo para docencia.

Una Cátedra de Medicina se unía a una de Cirugía para desarrollar como equipo la atención de enfermos y alumnos. En el Hospital habrá dos Clínicas más

JORGE AHUMADA LEMUS

Médico-Cirujano
del Hospital San Vicente y
José Joaquín Aguirre (2007)

importantes: la del Profesor Prado Tagle (Medicina) y Profesor Álvaro Covarrubias (Cirugía) y la del Profesor Ezequiel González Cortés y Profesor Vargas Salcedo, como Medicina y Cirugía respectivamente.

Ambas tenían una estructura jerarquizada: a la cabeza el Profesor con su Jefe de Clínica, con todo el poder. Luego sus ayudantes de salas a cargo directo de los enfermos y de los alumnos en sala, con más o menos 8 a 10 enfermos cada uno. Junto a la labor asistencial, fichas clínicas y tratamientos de los enfermos, estará la atención docente a los alumnos en el trato directo con los enfermos y además en los llamados “pasos”: enseñanzas prácticas en grupos pequeños de 8 a 10 alumnos. Ahí los ayudantes hacían enseñanzas prácticas a los alumnos en la misma sala.

Los médicos docentes debían ser seleccionados estrictamente y controlados por el Profesor o Jefe de Clínica.

Todos los médicos ayudantes dependen directamente del Profesor y del Jefe de Clínica. Eran designados a sus respectivas salas, donde uno de mayor experiencia hará de Jefe de Sala. Igualmente pueden ser cambiados a otras salas o al “Consultorio Externo”, para atender a los enfermos ambulatorios. Esto era considerado como una especie de castigo o destierro. La actividad del Policlínico es más rutinaria y pesada, además, al ocupar toda la mañana le impedía al médico ayudante participar de actividades docentes generales como reuniones clínicas, etc. Cada 15 días o una vez al mes existía la llamada “Visita General” con el Profesor y Jefe de Clínica o, el Jefe de Clínica solo, en una sala determinada. A veces anunciada en el último momento. En ella se debía controlar todo, diagnósticos, tratamientos, enfermería y sobre todo la docencia. Más de una vez había correcciones sobre el orden, limpieza o cuidado directo de los enfermos a cargo de los auxiliares de sala.

Estas visitas, siempre en las mañanas, eran muy temidas aunque cordiales y con gran respeto por la jerarquía. Con frecuencia las críticas y los errores en esa misma jerarquía caían sobre el “interno”, último de la lista. El pobre debía aceptarlo sin mayores reclamos.

En las Salas y Cátedra de Cirugía, la organización era la misma, aunque más severa y estricta. El “Profesor” estaba siempre presente en los

pabellones o en cualquier lugar, decidiendo sobre cada situación urgente. En sus manos estaba siempre la última decisión, en caso de una operación complicada, el tratamiento de un enfermo grave o una reoperación. Lo mismo sucederá con los alumnos.

Así esta forma de enseñar ha sido siempre recordada con cariño, a pesar de su severidad, por alumnos y médicos. Así se recuerda a personalidades, “Maestros de la Cirugía”, tan antiguos como “Lucas Sierra” y su sucesor don “Álvaro Covarrubias”. Enseñaba mostrando el error, con dureza. Detrás de ello se escondían docentes a toda prueba y personalidades profundamente humanas. (Ver apartado Profesor Álvaro Covarrubias).

Luego el Profesor Covarrubias será reemplazado, después de su retiro, por los Profesores Enrique Acevedo y Velasco Sanfuentes y el Profesor Vargas Salcedo por Ruperto Vargas Molinare, Adolfo Escobar y otros, que seguirían la misma escuela.

Cada una de las Cátedras Médico-Quirúrgicas, con sus salas y espacios de trabajo eran muy celosas de su independencia, trabajo médico asistencial y docente. Un enfermo estudiado en una Cátedra de Medicina sólo podía ser operado en la Cátedra correspondiente de Cirugía. Una falta a este principio no podía ni siquiera imaginarse, sin provocar un conflicto entre las Cátedras. Lo mismo que un enfermo en tratamiento en Medicina no podía pedir su traslado a otra Cátedra de Medicina. El enfermo debía continuar ahí, con sus médicos tratantes, hasta su alta o su muerte.

Igualmente los alumnos y médicos debían respetar su permanencia en la misma Cátedra de Medicina o Cirugía. Había libre acceso al servicio paralelo, pero eran considerados como extranjeros, como si fueran de otro hospital. Del mismo modo un alumno inscrito ya en una Cátedra no podía cambiarse a otra paralela y debía terminar su período de 1 año en la misma Cátedra. 6 meses de cirugía y 6 meses de medicina. Tan severa era la independencia en las labores asistenciales y docentes. Tampoco había reuniones Clínicas entre Cátedras paralelas.

Los profesores dictaban sus clases en los Auditorios de Medicina y Cirugía respectivamente y además hacían las visitas generales con sus Jefes de Clínica, pero eran los ayudantes los responsables directos de la docencia y de la enseñanza prácti-

ca diaria al lado del enfermo. Había por supuesto como en todas partes, buenos y malos docentes. Como los alumnos rotaban por las diferentes salas, aprovechaban así “los buenos y los malos”.

Dentro de la estructura del Hospital había también Cátedras más pequeñas, con sólo Medicina. A la entrada del Hospital, como una edificación independiente, estaba la Cátedra del Profesor Valdivieso con sus ayudantes y en el 3^{er} patio funcionaba la Cátedra de Semiología, del Profesor Ramón Vicuña Herboso. La decisión quirúrgica sobre cada uno de sus enfermos era tomada por sus ayudantes, como así mismo la Cátedra de Cirugía a que serían destinados.

LA CÁTEDRA DEL PROFESOR ERNESTO PRADO TAGLE

Hemos elegido la cátedra del Profesor Prado Tagle y su paralela del Profesor Álvaro Covarrubias, para una mirada más en profundidad, porque ahí hicimos nuestros estudios médicos, como interno y después como médico. En ella vivimos nuestra carrera médica desde alumno hasta Jefe de Sala y Docente.

La Cátedra del Profesor Prado Tagle era muy célebre en su época. El Dr. Prado debía suceder al Prof. Daniel García Guerrero (1867-1932). De reconocido prestigio por su persona y calidad profesional. Políglota, gran intelectual, pianista, formado en Alemania y Francia, tenía una gran capacidad diagnóstica. Diagnosticó su propia enfermedad final, y pidió a sus ayudantes que se lo confirmaran con su necropsia.

El Servicio del Profesor Prado Tagle estaba formado por las salas, San Antonio, San Federico y San Gregorio, de Hombres y por la Sala “Uno” de Mujeres.

La sala San Antonio, en el primer patio, a mano derecha, era enorme con treinta camas, 15 por cada lado. Un gran rectángulo, con dos enormes estufas de leña centrales que mantenían la calefacción en los fríos inviernos. Los enfermos, eran de todo tipo de diagnósticos, con sus camas una al lado de la otra, separadas por un velador metálico, con su cajón privado, para cada enfermo. Sobre su velador estaban los adornos o cosas íntimas, como fotografías de sus familiares. Mirando estos veladores uno podía formarse una impresión, buena o falsa, de la personalidad del

enfermo. Otras veces podía ser un dato más, para plantear un diagnóstico.

La iluminación de la sala se hacía por unos grandes ventanales muy altos que se accionaban por un sistema de cordeles. Su altura no permitía mirar hacia afuera de la sala.

A los pies de cada cama colgaba un pequeño latón con las hojas Temperatura, Pulso, Diuresis y las presiones arteriales, sujetos con sus ganchos metálicos. Todo esto con diferentes colores para obtener una imagen rápida de su evolución. Con frecuencia se anotaba además algún medicamento importante, con sus dosis, indicando su continuidad.

Esta Sala estaba ubicada, al lado de la secretaría y de una entrada interior al Auditorio como veremos luego. Esto constituía una especie de Pasadizo, que quizás entretenía a los enfermos, pero limitaba su descanso. Los servicios de Aseo y Baños estaban al fondo.

La Sala San Federico, en cambio, en la parte lateral del primer patio, era mucho más tranquila, con alrededor de 20 camas y dos piezas a la entrada, con sus puertas de batientes que la hacían más silenciosa e independiente.

La Sala San Gregorio, de igual estructura, con sus camas y veladores personales, estaba en el tercer patio, también en el lado poniente. Alejada del Auditorio y Secretaría, tenía más independencia y tranquilidad. Su distribución era semejante a la sala San Federico y a las otras salas del Hospital.

La sala “Uno”. Más alejada aún en el Hospital de Mujeres, a más o menos cinco o diez minutos, de la sala San Antonio y de la Secretaría de la Cátedra. Estaba al lado de la sala “Dos”, y de las oficinas de la Cátedra de Cirugía del Profesor Álvaro Covarrubias. (Paralela de la Clínica del Profesor Prado Tagle). Su ubicación lejos del agitado primer patio, era como un oasis, independiente. Tuve la suerte de ser Interno y después Médico, por años en ella. Era atendida por un Jefe de Sala y dos médicos, con sus respectivos Internos. Las camas estaban separadas por unas cortinas blancas, que se podían correr y dar más privacidad al momento del examen o de algún tratamiento especial. Además del personal de planta hospitalario “practicante y auxiliares”, hacían su práctica las alumnas de la Escuela de Enfermeras en esta misma sala. Era como una especie de “semi-pensionado”. Todo esto en un ambiente Universitario de orden y acogida.

Ahí hice gran parte de mi Internado y mi formación médica como internista, con dos médicos semiólogos muy importantes y docentes por naturaleza. El Jefe de Sala: Dr. Alberto Villarroel Célis (Padre del célebre oftalmólogo actual: Fernando Villarroel) y su ayudante Dr. Renato Eulufi Marín, discípulo de su maestro.

Eran tiempos en que el uso de los sentidos era muy importante, especialmente, el oído y la palpación, para obtener un diagnóstico. Poco a poco, uno iba descubriendo, con ellos, el valor de los diferentes ruidos pulmonares o de los “soplos” cardíacos. Con un estetoscopio personal o bien en ciertas ocasiones, se exigía el oído directo. Entonces, un pequeño paño blanco delgado, como una toalla, cuadrado, llamado “escuche” se colocaba sobre el tórax y el oído se aplicaba ahí. Los ruidos y los movimientos de la respiración debían ser individualizados prolijamente. Aparecían ruidos secos o húmedos para precisar una Neumonía o una T.B.C, tan frecuentes en esa época. Lo mismo que la tos y los cambios de ruidos eran muy importantes. Otras veces una percusión y una ausencia de respiración, permitía diagnosticar un derrame pleural, antes que llegara la placa radiográfica, que se demoraba en Rayos, y poder decidir una punción exploradora o terapéutica.

Ellos serían mis mejores maestros en desarrollar mi escuche personal, que años después me sería tan útil en la práctica de la Cardiología. ¡Vaya a ellos toda mi gratitud!

Otro personaje que recuerdo con mucho cariño y gratitud en mi formación médica fue el Dr. Oscar Herrera Aristegui. Jefe de Sala después del Dr. Villarroel. Médico muy estudioso, reservado, de gran capacidad diagnóstica y terapéutica. Clínico General, comenzó su dedicación por la Nutrición y Dietética, en tiempos en que esto, no parecía tan interesante; llegó a ser Profesor del ramo, que sería obligatorio en el sexto año de la carrera de Medicina. Fundó además la escuela de Nutrición y Dietética. Sus alumnos, principalmente mujeres, harían su práctica también en la “Sala Uno”. De esta manera nuestra humilde sala se transformaba en un ambiente universitario de jóvenes muchachas que alegraban la rutina médica y nos obligaba a ser muy respetuosos en el trato. Conocí, poco a poco, al Dr. Herrera, hasta ser además de discípulo, amigo. Su confianza en mí, hacía que yo con frecuencia lo reemplazara, en la rutina de Jefe de

Sala, mientras él mañana a mañana, estudiaba, al fondo en una salita que era su escritorio.

Era poco entusiasta de hacer alarde de sus conocimientos y sólo los usaba en el momento necesario, con humildad y una seguridad indiscutible.

Un médico de la Cátedra, muy ocurrente, lo llamaba el “Vater Herrera” por su interés por la medicina alemana. Así llegó a ser un término “cariñoso” al referirse a él, señalando su paternidad sobre nosotros, aunque nunca lo usábamos en su presencia. Aprendí a respetarlo, aún más, frente al caso de una enferma nuestra de muchos años: Elvira Guardiola. Era ésta una niña de 15 a 16 años con una diabetes grave juvenil, con frecuentes comas diabéticos. Vecina del Hospital era llevada al Servicio de Urgencia en estado de coma, inconsciente. Solicitada su ayuda y consejo, indicó 100 Unidades de insulina endovenosa, repetir las si la enferma no recuperaba la conciencia a los quince minutos, y continuar con 50 unidades según los resultados de sus glicemias. Unido todo esto al aporte de grandes dosis de suero salino. Nosotros no habíamos oído de dosis tan altas y de un tratamiento tan agresivo. A los quince minutos ella empezó a dar signos de recuperación de su conciencia ante nuestra expectación. Elvira era una muchachita muy bonita de ojos azules y pelo claro. Trasladada, después a nuestra sala se convirtió en nuestra enferma regalona y querida por todos. La gravedad de su diabetes y las dificultades de seguir un régimen y tratamiento adecuado, hicieron que estos cuadros se repitieran con frecuencia y en uno de ellos no alcanzó a llegar al Servicio de Urgencia con el resultado que era de esperar. Los médicos de Urgencia y nosotros, aprendimos del “Vater Herrera” a atreverse a tratar estos casos, con el consejo de este estudioso médico.

Así de esta manera aprendimos a su lado muchas cosas especialmente terapéuticas, siempre con su carácter sencillo y reservado. Con inteligencia y la autoridad del saber, enseñaba grandes y pequeñas cosas, siempre con austeridad y sencillez.

Otro personaje de la Sala “Uno”, tan querida de nosotros era la “Anita”. Practicante (no tenía título Universitario) hacía de Enfermera Jefe de Sala. Responsable de todos los tratamientos, auxiliares y empleados de la sala. Mujer de edad indefinida, parecía siempre demasiado joven para tanta responsabilidad. Morenita, de baja estatura, cara

simpática, pero de gran autoridad. Respetada por todos, era igualmente querida por médicos, auxiliares, alumnas de la Escuela de Enfermería, que la sentían inmediatamente, su “maestra”. De gran experiencia, todo se resuelve en sus manos. No se le conoce una fatiga o un mal genio. Reservada en su vida personal, puede compartir con médicos y alumnos sin que nadie se atreva a invadir esa personalidad. Aún muchos, al lado de ella, no nos atrevíamos a preguntar por su vida “íntima”. Todos los días será, la misma, seria, alegre y servicial. Todos seremos como su familia. En tantos años de vida juntos, en el trabajo de sala, no puedo precisar detalles de su vida personal, novio, etc. No puedo recordar, si su apellido era Pérez o González, o el de su mamá, o hermanos. Soltera la conocí y soltera se perdió, después en la vida. Guardo un gran recuerdo de su cariño y afecto, como de su eficiencia.

Mi interés por la Cardiología y mi traslado a salas de hombres, me hicieron dejar esta sala tan querida, en la cual viví tantas horas y días de mi juventud y de mi formación médica. Fui destinado a la sala San Federico para empezar mis primeros pasos con los enfermos de corazón y aprender de ellos los misterios de la cardiología, pensando en su mejor atención.

EL AUDITORIO Y EL PROFESOR

Entre las salas San Antonio y San Federico, en el primer patio del hospital de Hombres, había una construcción más moderna. Ahí estaban el Auditorio de la Clínica, la salita del Profesor, y más al fondo una sección de Rayos y Laboratorio, propios de la clínica, para exámenes de rayos y laboratorio, con el objeto de tener resultados más urgentes y fidedignos. El Auditorio en altura, con asientos de teatro, individuales, tenía una capacidad para unas, 50 a 80 personas. Al centro dejaba un espacio más amplio para la colocación de las camillas con sus enfermos, para la presentación. A la entrada, a la mano izquierda estaba la salita o escritorio de Profesor. Una puerta interior lo comunicaba directamente al Auditorio. Es una pieza muy sencilla, con muebles metálicos, más modernos. Ahí, son los encuentros con su Jefe de Clínica, los ayudantes o algún alumno, citado especialmente. Una pequeña placa en la puerta decía simplemente: “Profesor”, lo cual significaba, que uno no podía entrar, sin

haber sido anunciado previamente. Todo era revisado y conversado ahí, con mucha armonía pero también, con mucha autoridad.

Los asuntos de Secretaría, Archivos y Audiencias, eran atendidos a la entrada de la Sala San Antonio, en la oficina de la señora “Delia”. Persona muy especial y distinguida. Era una especie de Madre Espiritual de médicos y alumnos. Como una Dueña de Casa, lo sabe todo, resuelve todo y es la persona para llegar al profesor. También, está al tanto de su estado de ánimo, y del momento oportuno para conseguir una entrevista o una audiencia.

Otro personaje especial, en este sector, es “Alberto”. Joven que aparece más joven que su edad. Auxiliar de Servicio, con funciones de mozo, reservado al profesor, está siempre atento a los llamados de él y a cuidar su privacidad. También sabe cuán ocupado está o cuánto durará la entrevista anterior.

El Auditorio, servirá a las clases del profesor y de los otros profesores afines a la cátedra, como también a las Reuniones Clínicas del Servicio, con todos sus ayudantes. En ellas se discuten los casos difíciles o que pueden dejar una enseñanza para todos.

El Profesor tiene los días viernes de cada semana, una clase con los alumnos y con un enfermo, recién llegado al Hospital. Es como una especie de Consultorio Externo, en que se plantea el primer diagnóstico clínico, antes de tener todos sus exámenes. Ahí él empleará toda su capacidad diagnóstica intuitiva. Luego irá solicitando los exámenes que sean necesarios. Esta clase para alumnos y médicos, resultará interesante y amena. Igualmente recibe con simpatía las equivocaciones o cuando el enfermo contesta algo que no calza con sus conclusiones y todo el Auditorio se ríe.

Le gusta enseñar y examinar enfermos. Tiene habilidad para presentar Hipótesis de trabajo usando sus Intuiciones. Su opinión es respetada por ayudantes y alumnos, por su rapidez de pensamiento y experiencia clínica. Todo esto en forma sencilla con sentido familiar, pero con autoridad.

Otra actividad docente son sus visitas a las Salas, con su Jefe de Clínica, el Profesor Oscar Avenaño. Se ven ahí los casos más complicados en diagnósticos o tratamientos, como también el funcionamiento total de la docencia, etc. Estas vistas son muy temidas porque aquí aparecen errores o

responsabilidades sobre médicos, e internos, que no han sido cumplidos. Muchas veces no son avisadas previamente, las realiza sólo el jefe de clínica con un ritmo de 15 días más.

El Profesor Prado es un hombre de gran simpatía, ameno, viste con elegancia y no llega al Hospital antes de las 10 AM. Su forma de trabajo y estudio es más bien en la noche. Así, para preparar sus clases, cita a su ayudante encargado, después de comida a su casa. La casa es un departamento de tres pisos, en la calle Ismael Valdés Vergara, frente al Parque Forestal. Ahí deberá llegar el ayudante con las historias ya seleccionadas, hasta su escritorio en el tercer piso, por un ascensor interior, con rejas metálicas. Se aligeran los casos para la clase del día siguiente. Es siempre muy acogedor y ser elegido como ayudante de clases es ya una distinción que se agradece. Responsable y severo, aprovecha para revisar lo que no está bien o que no se ha hecho.

Es un gran clínico, que rápidamente plantea sus opiniones, examina, solicita exámenes, y acepta equivocarse. Todo esto en un sentido familiar que va dando enseñanzas médicas y humanas.

Durante años la cátedra fue muy prestigiada y preferida por médicos y alumnos para hacer su práctica. Varios Profesores antiguos de Medicina, se formaron en su servicio, tales como Hernán Alessandri, Vicuña Herboso, Avendaño, Oscar Herrera, en las décadas del 30 y 40.

El Profesor Prado, tiene además el mérito de haber permitido el desarrollo de especialidades médicas dentro de la Medicina Interna y fomentar la investigación científica aún experimental como veremos. Así por años, su Sala San Gregorio con el Dr. Alejandro González, se especializaría en Enfermedades de Aparato Digestivo y en el diagnóstico precoz de cáncer gástrico. Por años defendieron las ideas del Profesor Gutman, de la escuela francesa, en sus signos radiológicos, para una operación precoz en la úlcera gástrica. Por otra parte su ayudante, el Dr. Eduardo Doer, médico joven, será el primero en usar el gastroscopio, con el mismo objetivo. Instrumento de tortura en esa época. Consistía en tubo rígido que debía atravesar faringe y esófago para llegar al estómago, para hacer su visualización por un sistema de espejos y lentes. Los enfermos lo llamaban la "pata de catre" significando las patas de sus camas de hospitalizado.

Del mismo modo se interesó por el desarrollo de la Cardiología. Ayudó y estimuló a un médico joven (el que escribe estas notas) para tratar los enfermos de corazón y avanzar en sus diagnósticos. Eran tiempos que en el servicio no había ni siquiera un electrocardiógrafo. Poco a poco se fue consiguiendo todo hasta tener un grupo cardiológico semejante a los otros hospitales y ser reconocidos como tales por ellos, en esos momentos. Más aún, atento al desarrollo de la Medicina Moderna con Experimentación de Laboratorio, al lado de la Clínica aceptó que su ayudante el Dr. Enrique Egaña instalara un Laboratorio Experimental entre las Salas San Federico y Neurología. Enrique Egaña volvía de Estados Unidos de estudiar en Boston el consumo de oxígeno de los tejidos. Era necesario un pequeño vivero de ratas, para estudiar en sus hígados la influencia del alcohol y de la vitamina B 1. Aparecía algo insólito tener entre las salas de enfermos, este Laboratorio, pero la inteligencia de Egaña y su constructor, lo hicieron en tal forma que no molestaba la vista y aparecía ignorado en el fondo del patio.

Por algún tiempo yo fui invitado a trabajar en él y tomar responsabilidades en la investigación gracias a la amistad con Enrique Egaña. Se publicaron varios trabajos sobre el tema. Él quería que yo me dedicara a la investigación científica, pero mi destino era la Cardiología y el trabajo con los enfermos. Con los años Enrique Egaña seguirá trabajando en estos y otros temas, tendrá un gran Laboratorio en otro sector y será Profesor de Fisiopatología, muy apreciado por sus alumnos en tercer año de Medicina. Parte de las murallas del laboratorio se conservan todavía entre los restos del antiguo Hospital.

ARCHIVOS DE CLÍNICAS MÉDICAS

No quisiéramos dejar afuera otra iniciativa de la Cátedra del Profesor Prado, que muestran su espíritu docente y adelantado en su época.

La Clínica publicó desde el año 1933 hasta 1940 una revista, tipo Revista Médica, donde aparecían todos los trabajos presentados por sus ayudantes y las cifras estadísticas de atenciones a sus enfermos con sus diagnósticos más frecuentes, diagnósticos de los fallecimientos, etc. de modo que se podían sacar conclusiones sobre la incidencia de los diagnósticos y sus resultados. Así tam-

bién aparecían las investigaciones y estudios de los ayudantes.

Se publicaban también los resúmenes y comentarios de las “Memorias” de los alumnos, que hacían sus investigaciones para obtener su “Título de Médico”. Entre ellos aparece ¡vaya la curiosidad! una tesis de Jorge Ahumada Lemus, 1942, sobre la “Litiasis Biliar”. El comentario, muy favorable, lo copiamos textualmente:

“Como vemos el tema ha sido abordado por el Dr. Ahumada Lemus en sus múltiples aspectos, ha consignado sus resultados obtenidos en múltiples enfermos y gráficos que facilitan su comprensión. Si a esto se agrega la abundante bibliografía consultada, podemos afirmar, sin pecar de exagerado, que su trabajo constituye una verdadera “mise au point” de este complejo problema de la Litiasis Biliar y su lectura es altamente provechosa para todo el que quiera formarse un juicio claro, a la vez que completo acerca de este problema tan frecuente entre nosotros.”

Hemos copiado su redacción completa como una forma de entregar una mirada de la época.

Así la Cátedra con estas publicaciones demostraba su alto interés por la docencia y la vida universitaria. Algunos números circulan todavía como curiosidades en antiguas bibliotecas y como testimonio de una época, con todo su esfuerzo, con copias de radiografías y gráficos tan difíciles de hacer en esos tiempos.

Desgraciadamente este enorme esfuerzo se fue perdiendo en el tiempo y fue reemplazado por otras formas de publicar.

EL PROFESOR PRADO TAGLE, EL HOMBRE

El profesor Prado es un hombre muy sociable, de trato agradable, gran charlador, sus ayudantes eran sus amigos. Los médicos de la Clínica eran también buenos amigos entre sí y existía buena camaradería. Así, festejos o acontecimientos de algunos de ellos eran celebrados en común. Ejemplo de ello era la Comunidad de Saint Gregoire, de la sala San Gregorio (Anexo Cofradía de Saint Gregoire) y las celebraciones de día del Perú, el 28 de julio. Pues uno de sus ayudantes, de nacionalidad peruana, que había sido alumno y después ayudante de su Laboratorio de la Clínica, invitaba a todos los médicos del Servicio, a la Embajada del Perú al cóctel de celebración. Ese día cerrábamos las consultas para gozar de los “Pisco-Souers” con pisco peruano, y dejarnos libres la tarde. Estas celebraciones eran mucho más entretenidas que las nuestras de “18” de septiembre.

Frecuente eran también las celebraciones y comidas en el Club de la Unión, como se puede ver en una fotografía de la época, que corresponde a la despedida de soltero, del que está al centro (J. Ahumada). Además de todos los médicos está el Jefe de Clínica y su Jefe de Sala, el Dr. Oscar Avendaño y Dr. Alberto Villarroel. Así, era el espíritu de sus ayudantes. El Profesor podía mezclar su alto cargo y responsabilidad docente con gestos humanos que le gustaba compartir. Así convidaba, una vez al año a toda la Clínica, a su Casa de



Malloco. Esta era una “Casa Quinta”, de fines de semana, a 20 ó 30, minutos de Santiago. Esto era como una Tradición, en que Ayudantes, Internos y Profesores teníamos una agradable convivencia. No tenía hijos, pero invitaba a sus sobrinas, como familia. Ellas eran célebres por su simpatía y atracciones físicas. La señora Luisa, también se hacía presente con su distinción y amabilidad. Todo era un ambiente agradable y familiar. Años después dos sobrinas se casaron con médicos de la Clínica.

El Profesor tomaba sus vacaciones en el Sur de Chile, en el Hotel de Puyehue, que ya era famoso por sus comodidades y elegancia. Pasaba un mes en él de modo que era ya como su casa. Al volver le gustaba comentar sus vacaciones y contar anécdotas que le habían pasado. Recuerdo una que me tocó oír y era más o menos así. Estando de pie, cerca de los Baños del Hotel, llega una Señora elegante, relativamente joven, bien vestida y le pregunta: “¿Señor, donde está el Tocador de Señoras?” “Yo soy” le contesta con rapidez.

El Dr. Prado tenía además una casa de verano en El Tabo, cerca de Las Cruces y Cartagena. Junto a su amigo y Profesor de Obstetricia, Dr. Carlos Monckeberg y otros médicos amigos, transformaron este solitario balneario de algunas familias de Santiago, en un balneario de médicos, con grandes y bellas casas. Luego construyeron una Iglesia y un policlínico llamado “Ernesto Prado Tagle”. Por muchos años se les podía ver cabalgando en la playa, o en los caminos vecinos a sus

propiedades, pequeños fundos de costa. Abandonando sus delantales blancos y la rigurosidad de la docencia. Hoy nada queda de esos tiempos. Sus casas fueron transformadas en restaurantes o Casas Comunitarias de Niños o Ancianos.

Se recuerda con nostalgia ese período de “El Tabo”, con pocos habitantes, todos conocidos, con sus familias, con abundante niños paseando juntos en sus bosques de eucaliptos, pinos, etc, disfrutando de su belleza y tranquilidad.

Lo seguimos varios años en su Cátedra, sin grandes cambios, hasta que una enfermedad aguda, en plenas vacaciones, lo obliga a regresar a Santiago, para operarse. El mismo se ha hecho el diagnóstico y sólo falta la operación. Cirujanos, profesores, se disputan el deseo de ayudarlo. Es una simple operación de Vías Biliares, por Litiasis seguramente. Se realiza la operación, que se complica en el posoperatorio de una infección. En pocos días, con todos los cuidados, fallece este hombre, lleno de energías y deseos de vivir.

PROFESOR OSCAR AVENDAÑO MONTT

A la muerte del Profesor Prado, tan sentido por todos, debe sucederlo su Jefe de Clínica, Dr. Oscar Avendaño. Se llama a Concurso. La Facultad de Medicina declara como sucesor entre los más antiguos, al Profesor Alejandro Garretón Silva. Oscar Avendaño, decide seguir el consejo de todos sus amigos de la Clínica y de otros lugares y apela del fallo ante la Contraloría, defendiendo



Cátedra Profesor Oscar Avendaño Montt.

sus derechos y la sucesión. La Contraloría falla en favor de Oscar Avendaño. De esta manera la antigua Cátedra de Prof. Ernesto Prado Tagle pasa a ser Cátedra del Prof. Oscar Avendaño Montt.

Se le reconocerán sus valores como médico, profesor y abogado que nunca ejerció.

El Profesor Avendaño era el caballero perfecto, elegante en el vestir, sobrio, gran amigo de sus amigos. Llevaba el ancestro de sus apellidos con sencillez. Médico estudioso por excelencia, estaba siempre abierto a las novedades de la Medicina Moderna. Las estudiaba y las acogía, para estudiarlas y aprenderlas con mucha humildad. Jefe sencillo, sabía imponer su autoridad. Será muy querido por todos sus ayudantes y alumnos.

A él le tocará el traslado de su Cátedra al nuevo Hospital J.J. Aguirre y aceptar todos los cambios que exigían una nueva organización y "Dirección" para llegar a tener un Hospital moderno, más centralizado y eficiente.

De pequeña estatura, hacía orgullo de su agilidad, juventud y fuerza física. Había sido boxeador de peso liviano en su juventud. Gran defensor de sus ideas políticas, de libertad y democracia. Fue célebre en esa época por su entrega a organizaciones como la Milicia Republicana. Organización creada para defender a la Patria de los golpes militares.

Hombre con gran cultura general y simpatía personal, lo hicieron muy apreciado entre sus ami-

gos, numerosos, tanto en el sexo masculino como en el femenino, por el cual tenía especial atención. De físico atrayente, bien cuidado, sabía dar inmediatamente confianza y acogida. En su interior, era posible descubrir una gran sensibilidad y aceptación del dolor ajeno. Dispuesto siempre a ayudar a los más necesitados. De gran sencillez, sabía organizar su Cátedra y hacerse ayudar por sus colaboradores tanto en la asistencia como en la docencia.

TRASLADO Y FIN DE SU VIDA ÚTIL

En el año 1952, el antiguo "Hospital San Vicente", debía trasladarse al nuevo edificio del "José Joaquín Aguirre". Su obra gruesa y primeras construcciones datan del año 1936 y fueron sólo reiniciadas en 1944. Los planos de este antiguo Hospital habían sido hechos con los viejos conceptos en que cada Profesor tenía su propio espacio y Cátedra. El desafío fue aprovechar lo ya construido y transformarlo en un hospital moderno, como una unidad. Tendrían que pasar 10 años más para construir un gran Hospital con cuatro pisos y en algunos sitios de cinco, con una extensión de más de una cuadra, mirando a la calle Santos Dumont. Un nuevo Director del antiguo Hospital San Vicente, sería el "Alma Mater", de este traslado. Con poco tiempo en su cargo, pero ya con sus ideas muy claras de organización y salud pública. Hugo



Hospital Clínico de la Universidad de Chile José Joaquín Aguirre, inaugurado en 1952.

Henríquez Fröden, fue poco a poco centralizando servicios y trayendo cambios a la organización del antiguo Hospital San Vicente. Finalmente a comienzos del año 1952, sería el traslado de todas las Cátedras. Dando gusto, a los profesores y la Facultad, fue creando centralización de servicios comunes y apareciendo otro tipo de estructura. Durante su Dirección se crearon “Centros” de atención e investigación comunes de las diferentes Cátedras, con sus médicos e instrumentos, para el mejor desarrollo de las Especialidades Médicas. Tales como un Centro de Gastro-Enterología y un Centro de Cardiología. Esto no fue fácil de aceptar por los profesores antiguos, que querían conservar a sus ayudantes en forma permanente en sus servicios. Hoy vemos lo que eso significó para su desarrollo y sobre todo para la investigación y la docencia.

Las Cátedras, los equipos y sus ayudantes fueron distribuidos en los Sectores “A” “B” “C” “D” y “E” de poniente a oriente, en el 1° y 2° piso, y en el 3° y 4° respectivamente.

Recibió el nombre de “José Joaquín Aguirre”, de este Profesor y prestigioso médico, Decano de la Facultad, que vivió en los fines de siglo XIX.

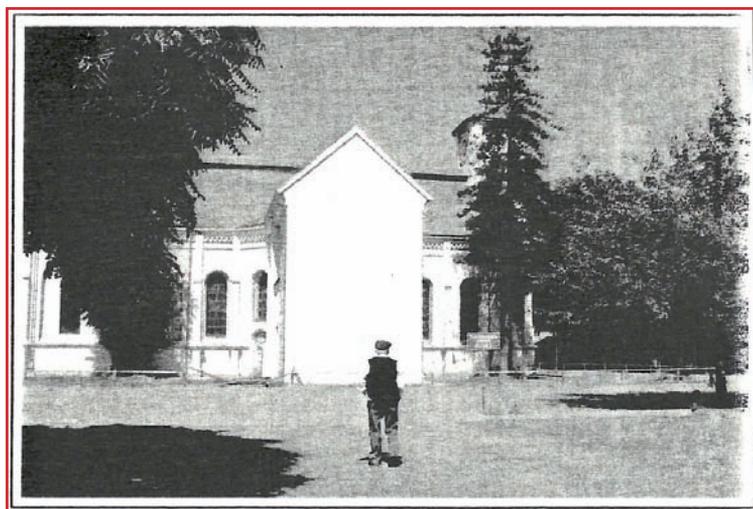
La Cátedra de Prof. Avendaño y sus ayudantes quedamos en el Sector “A”, en el primero y segundo piso, con sus salas de enfermos, consultorio externo y auditorio propio. La asistencia y la docencia serían según las normas y responsabilidad del Profesor. Los otros Profesores de Medicina y Cirugía, serían distribuidos en los diferentes sectores, conservando la distribución de Cátedras Pa-

ralelas según el esquema asistencial y docente del antiguo hospital.

Los Servicios de Rayos y Laboratorio, como el de Urgencia y Anatomía Patológica serán comunes centrales para todo el Hospital. El Servicio de Urgencia pasa a ser como la Asistencia Pública Central, la Urgencia para la atención de todo el Sector del Área Norte de Santiago. El Hospital con sus múltiples mejoras, se colocará en el lugar actual sirviendo a gran cantidad de enfermos y alumnos.

Los alumnos y la gente joven lo han bautizado como el “JOTA JOTA”, nombre con que se lo llama hoy corrientemente, con cariño.

Hoy del antiguo San Vicente quedan solo restos, difíciles de identificar y hasta sus planos de 1901 no pueden ser interpretados. Hoy se ha construido su arqueología gracias a un trabajo reciente de los Doctores Muñoz y Osorio (Revista Médica, Febrero 2007). Recorriendo sus ruinas pudimos identificar la puerta entre el Hospital de Hombres y el de Mujeres y algunas baldosas entre tierra y cemento de los antiguos corredores. Nada del Hospital de Mujeres. Hay sólo jardines con árboles antiguos y estacionamientos de autos para alumnos y profesores. Todo esto reemplaza los lugares de las antiguas salas que nos acompañaron durante tantos años. La parte donde estaba el Hospital de Hombres ha sido ocupada por nuevos pabellones de la Escuela de Medicina. Solo la Iglesia ahora se ve reconstruida, bien aislada y con un candado, guardando los secretos del Monumento Nacional.





"LA LAURITA"

No puedo terminar estos recuerdos sin nombrar a la "Laurita". Era una casa frente a la puerta del

Hospital de Mujeres. Ahí pasábamos todos los estudiantes de medicina por años, en búsqueda de un desayuno, o algún sándwich, bebida, etc. Eran dos hermanas, pero Laurita era la que atendía, con mucho cariño y familiaridad. Mujer ya de sus años, era muy respetada y querida.

Al parecer los queques o algunos dulces eran fabricados por ellas mismas. En la entrada, de lo que parecía ser su casa familiar, habían colocado mesas y sillas para detenerse a conversar, hacer una pausa y gustar de los dulces. Pausas que eran siempre muy cortas. Tenía además un mesón pequeño con sus vitrinas de vidrio y sus ofertas de dulces.

Todo sucedía como al pasar. Ellas conocían a todos sus "clientes" por sus nombres y saludaban con cariño. Hoy es difícil identificar el lugar. Al parecer corresponde a la entrada de autos actual del Hospital de Niños Roberto del Río, sitio donde además existía una antigua cancha de football.

"De todo aquello, no quedan ni las señales".

Placilla, julio 2007